

## Sobre *El pozo*, de Juan Carlos Onetti

Alexander Salinas

Cuando Juan Carlos Onetti escribe su primera novela, *El Pozo*, hacia 1939, inaugura en su universo ficcional una constante, o por lo menos una situación que será recurrente y casi característica en el resto de su producción. Podríamos explicarla como la necesidad de contar la vida de sus personajes desde la doble hélice de la realidad que los azota y la ficción que construyen para alejarse de ella. Como Eladio Linacero, sus personajes harán de su vida, o por lo menos del recuento de su vida, una mezcla de sueños, fantasías o ficciones teatrales con fragmentos de “hechos reales” cuyo resultado es precisamente la constatación de una vida experimentada a trozos, por momentos únicos y jamás vueltos a experimentar por sus protagonistas.

*El pozo* es la historia construida con retazos de la vida de Eladio Linacero, protagonista y narrador de sus memorias, voz desde la cual nos sumergimos en una realidad sórdida, fría y sobretodo repugnante; una realidad en donde Eladio no puede relacionarse con ningún otro ser, no por alienación, como sería el caso de un Mersault o un Castel (valga la aclaración, personajes creados posteriormente) sino porque así lo dicta su naturaleza, misógina, perdedora y solitaria. En ella, en esa realidad que como su habitación rebosa de inmundicia y abandono, porque así la ve su constructor, Eladio Linacero se convence de vivir como quiere de acuerdo al relato que sobre sí mismo ha construido con fragmentos de lo que él mismo llama el mundo de los hechos reales y episodios que ha dado en llamar aventuras y que no son otra cosa que fantasías creadas por su imaginación para mostrarle el lado de la vida que su habitación con “...dos catres, sillas despatarradas y sin asiento, diarios tostados de sol, viejos de meses, clavados en la ventana en lugar de los vidrios...” nunca podrá mostrarle.

Los hechos reales a los que se refiere el protagonista de *El Pozo* no son para nada contruïdos en favor de éste, ni siquiera ha intentado su narrador atenuar sus faltas o adornar sus acciones con posibles contextos que lo justifiquen. En ellos, a través de ellos, conocemos a un

Eladio que viola y ultraja a una muchacha de dieciséis años con quien fantaseará en adelante para construir sus aventuras, un Linacero que no puede hablar con sus congéneres de la vida diaria porque está sumido en sus fantasías y sólo a ellas se refiere cuando quiere hablar de lo interesante de su vida, en fin, a un hombre que no puede entender ni hacerse entender de los demás y que errónea, quizás desesperadamente, cree encontrar escuchas y confidentes en una prostituta y un poeta. Pero los hechos reales son sólo episodios de una historia donde, como su protagonista afirma, los sueños son quizás lo más importante de su vida, lo único de lo que vale la pena hablar para conocerse, no al otro sino a sí mismo, porque hablando de esas cosas locas que se le ocurren en el mundo opuesto al de los hechos reales es que Eladio Linacero encuentra la vida, su propia vida, la que desea tener.

Historias posteriores nos recordarán este planteamiento. En “Un sueño realizado”, por ejemplo, una mujer participará de un montaje teatral para escenificar su felicidad y morir con un beso, siendo amada; idea que le viene de un sueño y que llevará a cabo con ayuda de un director frustrado y perdido como ella. En “La vida breve”, un hombre, Brausen, escribe una novela para alejarse del vacío de su vida y se pone como personaje para terminar en una historia tan miserable y vacía como su propia vida. Pareciera pues que, con Eladio, Onetti marcara el camino de la construcción ficcional como posibilidad para salvarse del fastidio de la propia vida y lo curioso es ver que todos ellos tienen por igual otra condición: la de fracasados, la de perdedores de la vida en tanto incapaces de entenderse con su entorno.

El caso de Linacero es ilustrado por su encuentro desencuentro con Cordes, el poeta. Personaje realmente admirado por Eladio, Cordes encarna en el mundo de los hechos reales a un escritor auténtico, al poeta que tiene qué decir al mundo y sabe como decirlo conmovedoramente. Pero en su relación con Linacero, el poeta que es capaz de descifrar el sentido de las cosas y las palabras, no puede entender la confesión de Eladio, no puede compartir su fantasía y mucho menos su importancia en la construcción de mundo, importancia, obvio, sólo atribuida por Eladio Linacero para el mundo de Eladio Linacero. Así, termina interpretando la revelación del protagonista como el argumen-

to de un cuento mediocre y clausura de paso la relación de amistad con Eladio. De la misma forma, Ester no puede entender la aventura de Holanda contada por su hombre de turno y termina marchándose de la vida de Eladio en lo real para habitar la vida de las aventuras donde siempre le cuenta lo que sueña con extraordinaria pureza.

Parece pues, que estos personajes ven el mundo otro como Linacero no lo puede ver, con esperanza, o quizás con el optimismo que les permite ser tan cotidianos como repugnantes le resultan al propio Eladio. O también puede ser que aspiran o gozan de la ternura que el protagonista nunca ha visto en los demás y por eso no tiende el puente, como con Hanka, la amante que no puede amar Eladio o con Lázaro, el compañero de cuarto que puede mantener una fe en la revolución que resulta totalmente inexplicable para Linacero, no por lo imposible de la revolución, sino por lo inaceptable que le resulta tener fe en este mundo.

Personaje incomunicado que intenta comunicar sus pensamientos en sus memorias. Algunos apáticos como su actitud frente al mundo de los hechos reales:

El amor es maravilloso y absurdo e, incomprensiblemente, visita a cualquier clase de almas. Pero la gente absurda y maravillosa no abunda; y las que lo son, es por poco tiempo, en la primera juventud. Después comienzan a aceptar y se pierden.<sup>1</sup>

Otros son irremediabilmente misóginos

He leído que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos. Pero muere siempre; terminan siendo todas iguales, con un sentido práctico hediondo, con sus necesidades materiales y un deseo ciego y oscuro de parir un hijo. Piénsese en esto y se sabrá por qué no hay grandes artistas mujeres. Y si uno se casa con una muchacha y un día se despierta al lado de una mujer, es posible que comprenda, sin asco, el alma de los violadores de niñas y el cariño baboso de los viejos que esperan con chocolatines en las esquinas de los liceos.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Onetti Juan Carlos, *El Pozo/Los Adioses*, Punto de lectura, Buenos Aires, 2007, pag. 28

<sup>2</sup> Onetti Juan Carlos, *Ibid.* Pag. 28-29

*Alexander Salinas*

Y sin embargo, algunos también son indiscutiblemente lúcidos:

Es asombroso ver en qué se puede convertir la revolución rusa a través del cerebro de un comerciante yanqui; basta ver las fotos de las revistas norteamericanas, nada más que las fotos porque no sé leerlas, para comprender que no hay pueblo más imbécil que éste sobre la tierra; no puede haberlo porque también la capacidad de estupidez es limitada en la raza humana.<sup>3</sup>

Así que, aparte las opiniones a favor o en contra del mundo de Eladio Linacero, de los juicios que piden y claman por una condena (como el que el mismo protagonista espera por haber presentado síntomas de locura agresiva contra su esposa) en su contra, nos encontramos con una historia no sólo bien contada, sino además contada sin tapujos y sin vergüenza y sin prescindir de un cierto humor irreverente hacia la linealidad de la vida y de lo que convencional y convenientemente hemos proclamado como nuestra realidad.

---

<sup>3</sup> Onetti Juan Carlos, Op. Cit. Pag. 36